

de Martín de Argote y Rodrigo de Zapata, que marcharon a Cádiz para embarcar en la escuadra del Marqués de Santa Cruz. D. Francés de Alava, que era el general de la Artillería, dábase prisa para que se reuniesen a tiempo las piezas traídas de Italia a Gibraltar y las costas andaluzas. A primeros de junio hallábase ya concentrado en Badajoz el grueso del ejército con los elementos necesarios para que no detuvieran su marcha acontecimientos imprevistos; dióse forma a la composición de los mismos; nombráronse los jefes que habían de tener a su cuidado cargos y servicios y asignáronse los sueldos a los jefes principales del ejército, los cuales sueldos, dado lo poco próspero del tesoro público y por la circunstancia de considerarse a Portugal como tierra española, fueron bastante inferiores a los acostumbrados en Italia, Flandes y Alemania. Dieron ejemplo Sancho Dávila, Francés de Alava y D. Fernando de Toledo con sus sueldos ordinarios, y el mismo Duque de Alba renunciaba al suyo como Capitán General del ejército, disfrutando sólo el de Mayordomo Mayor del Rey; cosa bien extraña en una guerra extranjera en que no se había de vivir a costa del país y, por tanto, mayores habían de ser los gastos.

## II

### Acción militar del Duque de Alba.

El 13 de junio celebróse en la vasta dehesa de Cantillana, próxima a Badajoz, la gran revista presidida por el Rey y su corte, situados en alta y engalanada tribuna. «Y habiendo dispuesto con buen orden el ejército, por medio de Sancho Dávila, Maestre de campo general, en forma de batalla, lucido por armas y vestidos, por divisas, colores y bordados que hacían florido el campo verde y tal lustre el sol que hería en los arneses, que nunca hizo tan vistoso lienzo pintor de Flandes. El Duque se mostró el primero tan alentado, que parecía huyó la enfermedad que le tenía el día antes en el lecho, con el sonar de los clarines y estruendo de los atambores, dando nuevo calor y vigor a la sangre, fría por el tiempo, aunque el espíritu era gallardo. Holgó mucho de verle el Rey, vestido de azul y blanco, colores de sus armas, y le mandó subir donde estaba, porque la necesidad hace mirar mejor y estimar los que los Príncipes han

menester más. Gallardamente desfilaron: 12 compañías de hombres de armas, con la guardia personal del Rey, 158 caballos ligeros, 350 arcabuceros a caballo y 327 jinetes de la costa de Granada; 170 caballos magníficos azudillados, como en Flandes, por D. Fernando de Toledo, gran prior de Castilla; destacamento o fracciones de los tercios viejos de Nápoles y Lombardía, al mando de Mendoza y Sotomayor; 7 de nueva creación con sus Maestres de campo; luego los 3 italianos de Colonna, Spinelli y Caraffa a las ordenes de Medicis; los 3.500 tudescos de Lodron con gran tren de artillería, 3.500 carros, 3.000 acémilas y en fin, una nube de jóvenes y alegres aventureros.

Este pequeño ejército, cuyo efectivo en filas de poco más de 20.000 hombres era la mitad del que se había proyectado en el papel, produjo entre los Consejeros del Rey el recelo de que no era el suficiente para acometer la reconquista. Prolijas y acaloradas discusiones traían los extrategos, sobre la imposibilidad de guardar la línea de operaciones y de comunicaciones con la base, a medida que el invasor fuese internándose en el país enemigo y debilitándose en guarniciones y sobre la contingencia de toda combinación naval, siempre insegura; sobre el carácter de guerra nacional a sangre y fuego que a ésta daría probablemente el exaltado patriotismo portugués.

El Duque de Alba hizo callar a todos con su irresistible autoridad. No parecía sino que este hombre ilustre, a medida que el cuerpo avanzaba en años y en achaques, se rejuvenecía el espíritu con vigor creciente y fresca lozanía. Ya le vimos en Flandes alternar rápidamente entre la ofensiva y defensiva, entre la acción impetuosa y el tortuoso maniobrar de serpiente que enrosca al adversario. Ahora, rompiendo con las reglas y preocupaciones militares de su tiempo, su plan de campaña, en idea y ejecución, se anticipa dos siglos a la pauta que dió en su primera juventud el gran Capitán del siglo XIX. Aseguró a los tímidos que con aquel pequeño ejército le bastaba, y que él lo conduciría de manera que con un sólo y certero golpe al corazón, Portugal quedaría subyugado. Además, el plan, con su atrevimiento y novedad, se ajustaba exactamente a la situación de la política, con la que siempre deben marchar en armonía las cosas de la guerra. En aquel momento la acción preparatoria y disolvente de la cancillería española, los manejos políticos de D. Cristóbal de Mora habían conseguido dividir y desarmar a Portugal; si bien

es cierto que tal situación no es siempre duradera en pueblos viriles. Bajo el aspecto militar, peor estaban Prusia en 1806 y España en 1808, que tenían su territorio ocupado por el enemigo. Por eso no se podía ahora perder momento; convenía caer como el rayo sobre Lisboa.

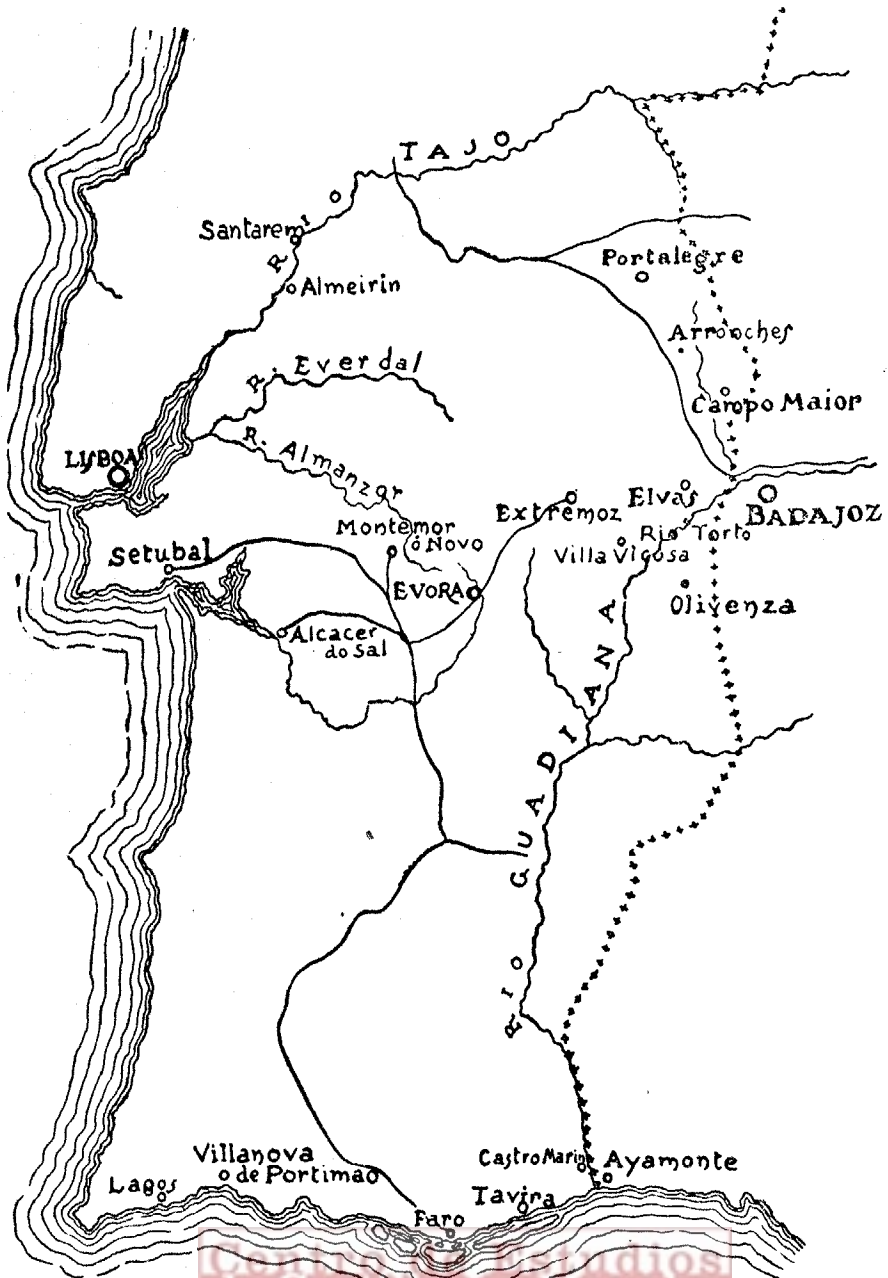
Siendo base del ejército Badajoz y objetivo principal Lisboa, la línea de operaciones no podía ser otra que el camino que, salvando la cordillera marriánica en Estremoz, penetra en la cuenca del Tajo y se dirige a Montemor (1). Para un ejército que sólo contase con sus propias fuerzas, la natural continuación de esta línea de operaciones, sería de Montemor a Lisboa que cruza el Tajo en Santarén. Pero dispuesta la escuadra del Marqués de Santa Cruz a servir de poderoso auxiliar del ejército, a éste convenía dirigirse a Setubal, puerto de la costa, objetivo secundario, nueva base de operaciones, donde aquella convergería. El avance por el alentejo sería por tanto la única operación posible para señorearse de la monarquía portuguesa.

Para auxiliar la empresa principal, inquietando a los lusitanos por toda la comarca limítrofe, confió el Rey a los magnates y señores de Andalucía, Extremadura, Castilla y Galicia, que tenían sus tierras inmediatas a Portugal, el cuidado de levantar gente de sus estados para la defensa de las fronteras e impedir que los naturales de las regiones lusitanas inmediatas, pasaran a engrosar las filas de los rebeldes, llegado el caso de guerra.

Al Duque de Medinasidonia correspondíale la parte de frontera comprendida entre Ayamonte y la raya de Extremadura; la región extremeña al Duque de Alburquerque; al Marqués de Cerralbo la zona de Ciudad-Rodrigo hasta la tierra de Ledesma; desde el Tormes hasta el marquesado de Alcañices, a cargo del Conde de Alba de Lista; entre Alcañices y Galicia al Conde de Benavente y, por último, a los Condes de Menterry y de Lemus toda la región gallega.

Luchando con obstáculos y lentitudes inevitables, el Duque de Alba logró comenzar las operaciones con una actividad entonces inconcebible. El 21 de junio la extrema vanguardia entraba sin resistencia en Villaviciosa; el 27 el grueso ejército pasaba el Guadiana, acampando el 28 en Riotorto, y destacando una columna con D. Martín de Padilla para ocupar a Elvas, Olivenza, Campo-

(1) Véase el croquis primero.



Croquis primero.

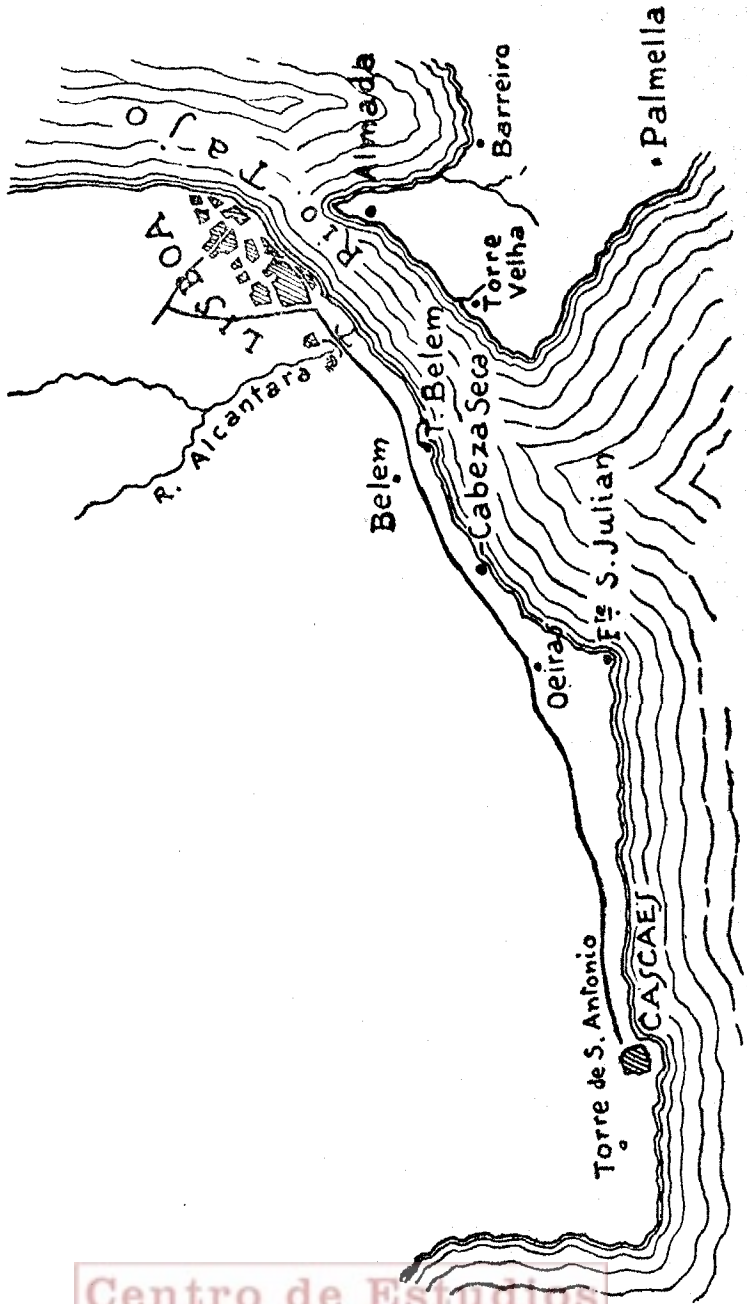
Mayor, Portalegre, Arronches y otras poblaciones fronterizas, a las cuales iba el Duque otorgando mercedes. El 1.º de julio Estremoz le abrió sus puertas a la primera intimación, mientras que la escuadra iba sometiendo Castro-Marín, Tavira, Faro, Portimaon, Lagos, hasta Cabo de San Vicente; el 7 en Evora y el 9 en Montemor y Alcazardosal, marchas todas ellas realizadas por malos caminos en que se le fueron rompiendo la mayor parte de los carros que conducían víveres y municiones, teniendo que acampar en terrenos asperísimos, abrasados por el sol y entre poblaciones assoladas por la peste, de cuyo azote pudo librar sus tropas a fuerza de previsión, de vigilancia y de rigor. El 18 rendíase Setubal, que días antes tuvo en su recinto al Prior de Crato, a quien sus partidarios proclamaron con fiestas y alborozo, y en cuyo puerto, poco después, convergía la escuadra, rindiéndose a su sola presencia las galeras que defendían la fortaleza, haciendo con ello menos difícil el ataque y sumisión del Castillo de Ontao.

Durante aquella marcha rápida, aunque embarazosa, por angostos y difíciles desfiladeros, bien pudo el Prior de Crato, apoyándose en los ríos que vierten al Tajo por su izquierda, fácilmente hostilizar el flanco derecho de aquella larguísima columna de tropas y carruajes, y sublevar, a la vez, a su retaguardia al país, obligando al ejército castellano a librar batalla en condiciones favorables a los portugueses. Aferrado con sus partidarios en Santaren, al saber que Elvas y Estremoz habían reconocido a D. Felipe como Rey, cifró todo su interés en reunir una Asamblea popular y en ella deliberar sobre los peligros del momento y la necesidad de armarse y fortificarse. Fijado el día, una inmensa multitud conmovida, dividida y sin saber lo que se la pedía, acudió, fuera de la ciudad, a la ermita de los apóstoles. El Obispo de Guarda, celebrada la misa, arengó a las masas con extremada violencia, acusando a los gobernadores de traición, excitándolas y fascinándolas con la idea de una elección popular. «Nos hace falta un jefe que nos dirija, gritó, y, ¿dónde hallaremos uno más digno, más celoso, más portugués en todo que el señor D. Antonio, que Dios nos ha dado para nuestra salvación?». Al punto movióse un tumulto de gritos, de aclamaciones, de injurias, de amenazas. Unos pretendían que aquello era una inspiración divina; otros, entre ellos los jefes de la ciudad, que no querían por Rey a un bastardo arrojado por el Cardenal, que aquello era una traición. En medio de aquella extremada agitación, un menes-

tral, el zapatero Baracho, colocando un pañuelo en la punta de una espada desnuda, y dominando con su voz aquellas otras irritadas, dió el grito que dos siglos antes había hecho Rey al bastardo de Avis. Los amigos del pretendiente respondieron con formidable explosión. El Obispo contuvo a tiempo la violencia que, no tardando, se hubiera convertido en sangrienta lucha, y D. Antonio, precedido de un porta-estandarte, volvió a Santarén, Rey por la gracia del pueblo, a la cabeza de un ruidoso séquito. De allí partió para Lisboa, donde hizo su entrada con cien hombres de a pie y cien de a caballo, haciéndose coronar del mismo modo que en Santarén. El Prior de Crato se había dormido pretendiente y despertaba Rey; se mecía un momento como en un sueño en aquel fantasma de monarquía, y el sueño se disipaba ante la brutal y siniestra aparición de los tercios españoles.

(1) Situada Lisboa a la derecha del Tajo, preciso era trasladar al ejército a dicha orilla; operación de suyo aventurada, tanto más cuanto el enemigo se apercebía para la defensa. Y ya en Setubal la escuadra y el ejército, discutióse el medio de llegar a la capital portuguesa. Tres se ofrecían: uno, marchar de Setubal a Santarén, forzar este paso y descender por la derecha del Tajo; pero el camino largo y malo cruzaba el Canha o Almanzor y otros ríos que afluyen al Tajo, país despoblado, árido, seco, grande la impedimenta, sin tren de barcas y el enemigo concentrado y fortificado en Santarén. Otro, marchar por Palmella, Barreiro a Almada, embarcar en la escuadra y pasar a la derecha de la ría; pero presentaba el grave peligro de que para llegar la escuadra a Almada tenía que forzar la entrada de aquélla, defendida por las baterías de San Julián y Cabeza Seca. Otro, en fin, consistía en embarcar en Setubal y desembarcar en la costa, entre el fuerte de San Julián y el cabo de Roca. Este último plan era el que de antemano acariciaba el Duque y el que se realizó con fortuna. En efecto, el 28 de julio, después de hacer una demostración hacia Santarén, embarcó prestamente parte de sus tropas, salió al mar y, amenazando la playa de San Antonio, fué a desembarcar al pie de la montaña en que se asienta Cascaes. El Gobernador de ésta, D. Bernardino de Meneses, general del ejército portugués, quien, engañado por las apariencias, acudió a dicha playa, tuvo que volver a Cascaes e intentar cerrar el paso al Duque con 3.000

(1) Croquis segundo.



infantes, 400 caballos y 2 cañones; pero apenas comenzó éste a subir la pendiente con sus castellanos, el Gobernador abandonó la ciudad y se retiró al fuerte, dejando libre la entrada en aquélla, de la que también huyeron sus moradores. Dueño ya el de Alba de un puesto en aquella orilla, mandó la escuadra a Setubal para que volviese con el resto del ejército y la artillería, lo cual se verificó sin contratiempo alguno; y ya en Cascaes toda la gente, puso sitio al Castillo, que fué tomado el 1.º de agosto, viéndose el invasor al mes de operaciones frente a los fuertes exteriores de la capital portuguesa. Cuando en ésta se supo que Cascaes y su fuerte estaban en poder del enemigo, la sorpresa fué muy grande. En el primer momento, la exaltación popular, viendo que casi no había tropas en la ciudad, pues el grueso permanecía en Santerén, creó un ejército informe que tuvo la pretensión de marchar contra los españoles; calmada luego la efervescencia, el Prior reunió cuantas fuerzas regulares pudo, las aumentó obligando a los lisbonenses útiles a tomar las armas y marchó a situarse en las proximidades de Belén, villa próxima a Lisboa y avanzada hacia Cascaes. Después, mejor aconsejado, retrocedió a tomar posiciones tras el Alcántara, río que cubre inmediatamente a Lisboa por el S. O., y en las cuales se fortificó.

El Duque, por su parte, había avanzado desde Cascaes a Oeiras, donde se estableció sólidamente el 8 de agosto, y empezó a batir el Castillo de San Julián, el que a pesar de ser el más fuerte del reino, rindióse el 11 con sus 500 defensores y 40 cañones de grueso calibre. El islote de Cabeza Seca fué abandonado por su guarnición cuando el Duque se disponía a atacarlo. Dominados estos dos fuertes, que impedían el paso a la flota española, obligándola a permanecer en plena mar a merced de los vientos y temporales, quedó abierta la ría de Lisboa a los bajeles del Marqués de Santa Cruz y encerrada la armada portuguesa, con lo cual se habían de facilitar las operaciones ulteriores combinadas y dirigidas por ambos caudillos, el Duque de Alba y el Marqués de Santa Cruz. La torre de Belén, coronada con 30 piezas, cayó sin grandes esfuerzos, sirviéndose de la villa como punto de apoyo y de refugio.

En tal situación las cosas, era lógico suponer que las negociaciones entabladas por el Rey y el Duque con los de Lisboa, no interrumpidas durante las últimas funciones de guerra, hubiesen alcanzado un éxito deseado. Aunque era de esperar con las



recientes pérdidas decayese el espíritu del Prior y moderase sus pretensiones, bien fuese porque con astucia tratara de entretener al de Alba, o porque quisiera meditar detenidamente acerca de las proposiciones que se le hicieran, ello es que retuvo el Prior siete días al emisario de Felipe II, pasados los cuales, respondió que se hallaba dispuesto a mantener su nombre de Rey. Una y otra vez había ya mediado el Nuncio de Su Santidad en Lisboa a favor de los portugueses hostiles a Castilla. Condoñase éste de las desgracias del de Crato, y apenado también por el temor de las desventuras que aguardaban a la capital si los españoles la rendían por asalto, dirigió un largo escrito al Duque exortándole compasivo a que se apiadase de la atribulada ciudad, evitando tales peligros. Loable conducta la del Nuncio en este caso; pero aún hubiera sido más merecedora de encomio su benigna intervención (según respondía el de Alba, con frase cortés, en la que traslucíase amarga queja) si, haciéndola extensiva a los obstinados partidarios de D. Antonio, interpusiese con ellos, excitándolos a que, sin tardanza, ofreciesen la obediencia al Rey Felipe, único medio de evitar su total ruina y perdición. La lentitud, acaso inconveniente y de cierto exagerada con que guió las operaciones militares para dar tiempo a un concierto que solicitaba con gran ahinco, y su tardanza en avanzar sobre Lisboa, no obstante las recomendaciones del Rey católico, quien encarecía muchísimo «la brevedad, por los accidentes que de una hora a otra podrían acaecer», acreditan la sinceridad con que procedía el Duque de Alba, al cual «se le juntaban el cielo con la tierra de pensar si había de entrar en la ciudad de Lisboa a viva fuerza, y quería antes perder la vida que hacerlo». Tan lejos iban los propósitos de concordia que impulsaban al General castellano que, en carta escrita el 23 de agosto, suplicaba a S. M. le perdonara dar lugar a tantas indignidades; «pues deseo tanto, decía, evitar la sangre y los daños tan grandes que se siguen de entrar por fuerza en Lisboa que, sin más orden de S. M., paso por esto, y hago más reverencias que un clérigo francés». En apoyo de esta opinión, será oportuno citar los siguientes trozos de un escritor lusitano: «Trabajó el Duque para reducir a D. Antonio a un partido honrado y provechoso para el reino. Hubo dares y tomares; pero el Obispo, el Conde y otros de esta manera gritaban: *aut Casar, aut nihil*, y así dieron con el reino en lo profundo del abismo».

El ejército español avanzó por fin hasta el Alcántara para dar la batalla al del Prior. Dicho río, de márgenes elevadas, poco caudaloso, de rápida corriente, afluye al Tajo perpendicularmente por delante de Lisboa, y si bien hoy corre por un arrabal de la capital, entonces distaba de ella y sólo tenía en su orilla izquierda, en el ángulo que forma con el Tajo, un pequeño caserío y frente a éste un puente que daba paso al camino que desde Cascaes conduce a Lisboa, y junto al puente un molino. En la izquierda del Alcántara, fortalecida con trincheras y baterías, tenía el Prior extendidas sus fuerzas, aglomeración colecticia y tumultuaria de 10.000 a 12.000 hombres, ocupando también el puente, el molino y el caserío. Si en D. Antonio hubiera habido pericia, en sus tropas disciplina y arte en la preparación del terreno, la posición hubiera dado que hacer al Duque. Reconocida por éste, dispuso el ataque, dando el día 24 de agosto una extensa orden del día, que bien puede tomarse como modelo en esta parte que hoy llamamos «disposición de las tropas para el combate». En ella se asigna a cada cuerpo taxativa y minuciosamente sus maniobras; se explican las señales, previenen los movimientos del enemigo..... «Y en caso que Dios sea servido (como se espera en él y en la Iglesia) de nos dar la victoria, tendrán todos los oficiales gran cuidado que, siguiéndose el alcance, en caso que los enemigos hubiesen puerta abierta a Lisboa, para entrar en ella, de acudir a la puerta para sostener que no entre nuestra gente, para estorbar la ruina de la ciudad que S. M. tanto desea.» El día 25, al amanecer, oída misa, después de situar la artillería sobre unas alturas próximas a la desembocadura del río y de ordenar que la escuadra remontase la ría a la altura del ejército formando su extrema derecha, marchó contra el enemigo en la forma siguiente: En la izquierda, la caballería en cuatro líneas, primero los arcabuceros, después los lanceros, luego los caballos ligeros y en último término los hombres de armas, dirigida toda ella por D. Fernando de Toledo; en el centro la infantería española y parte de la alemana, bajo el mando directo del Duque, formada en escuadrones a grandes intervalos; en la derecha, la infantería italiana y el resto de la alemana, mandadas por Colonna y formadas como en el centro. Colonna y la artillería debían obrar contra el puente, los molinos y el caserío, y la escuadra atacaría a las galeras enemigas, apoyando de este modo a la derecha del ejército. Sancho Dávila, corriéndose por la izquierda con siete

mangas de 300 arcabuceros cada una, y con la caballería cruzaría el río y caería sobre el flanco derecho del enemigo; el centro procuraría principalmente llamar la atención del mismo por su frente, distraerle, inmovilizarle, en tanto que Dávila y Colonna llenaban su cometido.

Comenzó la batalla la artillería; luego Colonna atacó con los italianos el puente, siendo al pronto rechazados por los arcabuceros portugueses; mas reforzados luego por los alemanes, se hizo dueño del puente y del molino próximo, y pasando a la orilla opuesta, se empeñó en porfiada lucha con el portugués, que había sido reforzado en su izquierda. Entonces Dávila, que había pasado el río, sorprendióle por su flanco derecho, obligándole a huir. La escuadra, a su vez, atacaba las galeras contrarias, que también se retiraron, quedando la mayor parte de ellas apresadas. La batalla afectó la forma de un ataque de ala y otro envolvente por el flanco opuesto, rehuyendo empeñar a fondo el centro, en cuyo concepto merece clasificarse como una excepción en aquellos tiempos. Mezclados en confuso torbellino vencidos y vencedores, portugueses, castellanos, italianos y alemanes, salvan todos con rapidez vertiginosa la corta distancia que separa el campo de la lucha de los arrabales extramuros de Lisboa. Amenazada ésta de los horrores del saqueo y viendo la inminencia del peligro, D. Fernando de Toledo se adelantó a contener las demasías de las tropas victoriosas en las puertas mismas de la ciudad, conforme al deseo del Duque. El Prior de Crato, herido y oculto durante algunos días, pretendió de nuevo probar la suerte de las armas. Sancho Dávila lanzóse rápido en su persecución; expulsóle de Coimbra y, pasando a la margen derecha del Duero, merced a una maniobra tan hábil como audaz, le obligó a ocultarse de nuevo, huyendo por fin a Francia.

Así terminó aquella gloriosa conquista, que con áureos caracteres merece grabarse en los anales de la historia patria; conquista que no fué producto de la ambición, sino del derecho y de una legítima aspiración a la unidad española. La relación esquemática de los principales sucesos que la limitación de tiempo nos ha permitido hacer, nos enseña que jamás guerra alguna realizóse en Portugal con la suma pericia que en ésta del año 1580. Preparáranla hábiles negociaciones que ponen de relieve la justicia con que se tiene a Felipe II por expertísimo diplomático; y las combinaciones militares que en ella se desarrollan honran eterna-

mente al Duque de Alba, quien próximo a la muerte, gana uno de los más preciados laureles que ciñeron su frente en su laboriosa y agitada vida. Desde el punto de vista estratégico, la elección de línea de operaciones, la actividad, energía e inteligencia con que guía a sus tropas; el acierto con que recaba la acción de la flota; el paso a la margen derecha del Tajo y la presencia del ejército español a las puertas de Lisboa, sin dar tiempo a que el portugués se reponga de su estupor y pueda neutralizar el efecto que en todo el país produce el rápido avance de las tropas castellanas, excitan el deseo de conocer circunstanciadamente hechos tan notables y encumbran la merecida reputación del célebre caudillo. La situación y el manejo irreprochable de las tropas; la previsión y pericia con que ordena el combate delante de la capital y la inspiración con que aprovecha el concurso de la escuadra, hacen célebre con el invicto caudillo la memorable batalla de Alcántara, que podrá citarse siempre como cuadro bellísimo de disposiciones tácticas.

D. Felipe, a pesar de hallarse gravemente enfermo en Badajoz, fué jurado solemnemente en Lisboa el 11 de septiembre. La Reina D.<sup>a</sup> Ana, su cuarta esposa, falleció en aquella ciudad extremeña el 26 de octubre siguiente. Restablecido de su enfermedad el Rey entró en Portugal el 5 de diciembre, rindiéndole respetuoso homenaje su competidor el Duque de Braganza; el 16 de abril de 1581 hizo su entrada en Thomar donde celebró cortes portuguesas y el 29 de junio entró en Lisboa, volviendo a Castilla en febrero de 1582 por Badajoz y Guadalupe, llegando a el Escorial el 24 de marzo. Cargado de laureles, a los setenta y cinco años de edad entregó su alma al criador el insigne Duque de Alba, el 11 de diciembre de 1582, en los aposentos bajos del palacio de Lisboa; y cuando aquel grande espíritu pugnaba por separarse de la mezquina materia, aún tuvo el inefable consuelo de recibir los postreros auxilios de la religión católica de manos del príncipe de la elocuencia sagrada, Fray Luis de Granada, el cual con sus muchas virtudes y saber, ilustró a la vez que su nombre, el siglo en que vivió y la nación donde sus ojos se abrieron a la luz.

LAUS DEO

Centro de Estudios  
de Castilla-La Mancha

Hilario González.

Numerario.